

Maternidades MIGRADAS

lejanas

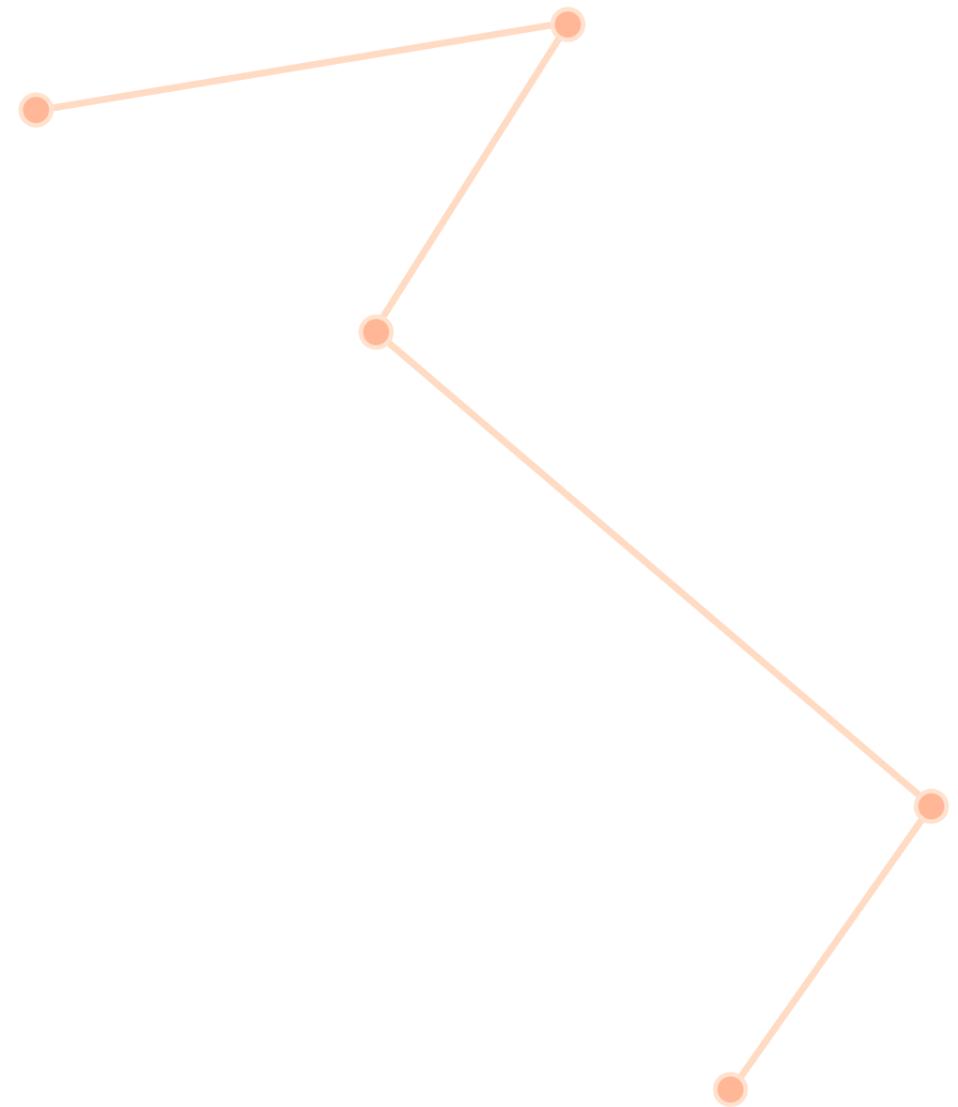
cercanas

compartidas

solitarias

responsables

Maternidades MIGRADAS



Responsable de la edición: Norma Vázquez

Realización de entrevistas: Izaro López de Lacalle, Carla Gómez Davies y Luciana Davies

Diseño gráfico e ilustraciones: Amaia Ballesteros. www.amaiaballesteros.com

Impresión: Sprint Digital, S.L.

Gracias a Mujeres con Voz por animar a las mujeres participantes en esta publicación para que compartieran algo de sus historias de maternidades migradas. Para contactar con la asociación puedes visitar: mujeresyvoces.blogspot.com/ y <https://es-es.facebook.com/asociacion.MCV>

Maternidades migradas

Las mujeres de este tiempo enfrentamos sin duda situaciones difíciles: por un lado, tenemos que cumplir las tareas y roles que exige nuestra presencia en el mercado laboral, cada vez mayor pero no por eso menos precaria; por el otro, contar con un empleo no implica que no sigamos haciéndonos cargo de las labores domésticas, del cuidado familiar y de la crianza de los hijos e hijas, cuando las hay. En uno y otro ámbito existen presiones y obstáculos a enfrentar que nos llevan a situaciones conflictivas cuando no directamente a situaciones de riesgo de nuestro equilibrio y salud física y mental. Una de esas presiones lo es el modelo hegemónico de maternidad, que, quienes son madres, resulta difícil de alcanzar.

Bajo el epíteto de “buena madre” se encuentran una serie de mitos, por ejemplo, el que nos dice que sin ninguna instrucción sobre la materia, las mujeres al ser madres, tendrán los conocimientos necesarios para ejercer adecuadamente el cuidado infantil y sabrán todo lo que hay que saber sobre el desarrollo y necesidades de sus niñas y niños, mismas que estarán en capacidad de cubrir por el solo hecho de quererles. Otro más acentuado aún, si cabe, es el que nos señala que la mujer, en cuanto es madre, desaparece, es decir, deja de tener intereses y deseos más allá de los que le depara la crianza, misma que a la vez que se enaltece y se carga de obligaciones para las mujeres, se castiga con su exclusión laboral y social por algunos años.

El feminismo, como corriente de pensamiento, ha contribuido de manera fundamental a comprender las complejidades y diversidades del hecho materno. Uno de sus aportes más relevantes, ha sido desvelar el carácter social e histórico de la figura de la “buena madre” así como las consecuencias que tiene para el ejercicio de la maternidad real y los cuidados maternos. Por-

que, a los cantos de sirena de la propaganda de todo tipo que presenta imágenes idealizadas de madres satisfechas y bebés sonrientes, se opone la realidad de las mujeres que se enfrentan día a día a las dificultades de la crianza y que tienen momentos (pocos o muchos) en que la experiencia no les resulta gratificante con lo que suman a sus inconformidades la culpa por no ser una madre feliz.

La identidad femenina no se puede entender sin analizar el mandato de la maternidad y este queda despojado de su contenido fuera de un análisis de las relaciones de género. Todas las mujeres, independientemente de la decisión que hayan tomado, se tienen que plantear alguna vez en su vida, su posición ante la maternidad. Algunas han dado por hecho que serían madres, en tanto que otras lo han sido sin haber llegado a planteárselo explícitamente. Hay quienes, sin desearlo, se han visto obligadas a seguir un embarazo inesperado por creencias morales que les impedían interrumpirlo, por presiones sociales (de la pareja o la familia) o porque sintieron nacer el deseo materno posterior al embarazo, no faltan también las que ven en la hija o hijo una compañera para no sentirse solas e incluso para intentar salvar una pareja... así que, aunque las decisiones pueden ser diversas, a partir de cierta edad (y mucho más cuando las posibilidades de un embarazo van disminuyendo), todas las mujeres se ven obligadas a dar cuenta de su deseo materno y de su decisión sobre un aspecto que en principio tendría que ser personal, a gente que a veces ni siquiera conocen.

Sea cual sea la decisión a tomar frente a nuestra capacidad reproductiva, en la actualidad, las mujeres tenemos más de una opción frente al modelo materno que nos presenta la sociedad, particularmente, frente al modelo de la “buena madre”.



Podemos adherirnos a él sin mayores cuestionamientos, podemos negarnos a considerarlo, o podemos negociar (desde el cuándo y con quién ser madres hasta el cómo ejercer el maternazgo). El deseo materno también se ha complejizado en los últimos años y a ello han contribuido varios fenómenos: el avance de las nuevas tecnologías reproductivas, la posibilidad de adoptar, el involucramiento de los padres en la crianza infantil, la existencia de distintos tipos de parejas y familias, la participación activa de abuelas y abuelos en el cuidado de las crías, el énfasis en el bienestar de las y los menores como un indicador de mayor desarrollo de las sociedades, etc.

Tantas y tan diversas situaciones dan pie a que convivan distintas realidades maternas no siempre con posibilidades de encontrarse y entenderse y, a veces, abiertamente con intereses encontrados. Si las madres autóctonas tienen cada vez más posibilidades de optar por su modelo de maternidad, también pueden hacerlo porque cuentan con la posibilidad de contratar los servicios de mujeres migradas, muchas de ellas también madres.

Las madres que nos hablan desde estas páginas son precisamente mujeres migradas que reflexionan sobre su maternidad y sobre el cuidado de sus hijas e hijos que ejercen de distintas maneras: desde la cercanía física en un entorno desconocido al que tienen que ir acostumbándose ellas y sus hijas e hijos si es que han nacido aquí o les

han reagrupado, o ejerciendo su maternidad en la lejanía geográfica que se intenta acortar a través de las nuevas tecnologías.

Los proyectos migratorios de las diez madres que nos cuentan parte de sus historias se parecían en principio: el plan era trabajar duramente para ganar el dinero suficiente en el menor tiempo posible para luego volver al país de origen. En esas condiciones, la mayoría de las veces traer consigo a sus hijas e hijos no acababa de encajar en el proyecto, puesto que para trabajar tan duramente como deseaban necesitan tener poca o ninguna carga familiar. Algunas de ellas, que migraron con sus hijas e hijos o que migraron estando embarazadas o se embarazaron poco tiempo después, comprobaron lo difícil que era concretar su proyecto laboral con un bebé a cuestas. Sea cual fuere su condición cuando decidieron migrar, hay entre ellas otro factor en común: aunque algunas tienen pareja, organizar el proyecto migratorio y, sobre todo, la organización del cuidado de las hijas e hijos en el país de origen, recae en ellas.

Como veremos en algunas historias, hasta que no dejan bien atado ese cuidado, su decisión de migrar no se concreta. En ese sentido, su papel en la familia de origen, que es la que regularmente va a sostener su proyecto migratorio, va a transformarse; lo va a hacer también su propio sentido de identidad. El cuidado, que se supone y

es su tarea principal, lo tienen que aplazar frente a la necesidad de conseguir ingresos suficientes para la subsistencia inmediata y, sobre todo, para ofrecer un futuro mejor a sus hijas e hijos.

Así, estas madres se convierten en proveedoras, cumpliendo lo que supuestamente es un rol masculino. Cabe mencionar que aunque esta realidad también se da en el país de origen, donde todas estas mujeres se han buscado la vida para mantener a su familia, la migración es un momento importante en el cambio de percepción de ese rol. Y es que estando en su país de origen, y aunque el cuidado ahí también se compartiera o delegara en otras mujeres, la cercanía física les sigue aportando la sensación no solo de responsabilidad del cuidado sino también del ejercicio de alguna de las funciones que trae consigo. Y si no son ellas quienes pueden tomar las decisiones cotidianas que atañen al día a día de sus hijas e hijos, por lo menos pueden tomar o refrendar las decisiones importantes.

La distancia física de la migración les impide mantener viva este seguimiento cotidiano del cuidado y la toma de decisiones con lo que la sensación de responsabilidad materna disminuye. Ahora están lejos y esa lejanía geográfica transfigura su rol, aunque no siempre en sentido positivo. Muchas de ellas se definen como “madre y padre a la vez”, es decir, cumpliendo el rol proveedor que el padre no cumple o lo hace en una mínima proporción, y cumpliendo el rol cuidador. Pero lo cierto es que esta definición es más un deseo que una realidad.

Como proveedoras, se van a encontrar con que las condiciones en que realizan sus trabajos remunerados no siempre son las que esperaban, más bien al contrario con lo que sus expectativas de ahorrar dinero rápidamente se esfuman. Esta realidad es vivida en silencio, sin poder compartirlo con la familia de origen que tanto invirtió también en su proyecto migratorio; reconocer la dureza de sus condiciones así como el replanteamiento de su proyecto migratorio es difícil, sobre todo, si eso significa replantearse el lugar donde se asentarán sus hijas e hijos.

Así, el rol proveedor que cumplen va a teñirse de un plus de sacrificio, lo que sin embargo no les genera necesariamente más apoyo; su rol cuidador, en cambio, va a colorearse con el estigma del abandono. Para muchas mujeres, este ser “madre y padre a la vez” significa vivir los dos roles en precario, lo que influye en su salud física y emocional, en su desempeño laboral y en su propio

reconocimiento de lo que sí están haciendo para el bienestar de sus hijas e hijos.

No cabe duda que el prototipo de la “buena madre” tradicional está haciendo daño a las madres migradas. Siempre, sea cual sea su situación. Esta figura constituye un lastre para ellas puesto que nunca la alcanzarán (básicamente porque es inalcanzable y sirve como un elemento de control para las mujeres y, además, no encuentran con facilidad espacios que les reconozcan sus esfuerzos, al contrario, con lo primero que se van a encontrar es con la mirada despectiva o compasiva de quienes las ven como “abandonadoras”, una imagen que es la antítesis de la madre y está a años luz de la “buena madre”.

Las madres autóctonas que no han tenido que tomar las decisiones de las madres migradas no siempre son un buen cobijo, al contrario; pero otras madres migradas que tienen a sus hijas e hijos con ellas tampoco son siempre comprensivas; las familias que cuidan a su prole en el país de origen pueden entender su decisión pero también ejercer reproches. En definitiva, las madres migradas suman a su duelo migratorio el estrés de no encontrar comprensión ante sus decisiones ni apoyo a los costes que estas traen consigo.

En 2014, Mujeres con Voz publicó “Los trapos sucios se lavan en casa pero ¿quién los lava?” en donde algunas de las mujeres que en esta ocasión nos hablan de sus maternidades, nos contaron sus dificultades para encontrar trabajo en Euskadi y las condiciones en las que lo realizan.

Entre las historias que vamos a leer, veremos como las madres que mejor se encuentran son aquellas que se han acercado al feminismo, que regularmente asisten a talleres o charlas con grupos organizados de otras mujeres, tanto migradas como autóctonas. Son ellas las que pueden digerir mejor todas las contradicciones de su nuevo rol y las que pueden aprender a ejercer una maternidad a distancia o una maternidad conflictiva en la cercanía (sobre todo cuando sus hijas e hijos llegan a la adolescencia). Son ellas quienes lidian mejor con la culpa que genera no cumplir con el ideal materno omnipotente y quienes van aceptando las limitaciones reales para cumplir su rol sin que por ello dejen de considerarse “buenas madres”.

Uno de los elementos que más ayuda a las madres migradas que tienen a sus hijas e hijos

en sus países de origen son las nuevas tecnologías; sin ellas su tarea sería muchos más difícil. El *whatsapp*, el correo electrónico y sobre todo la *webcam* son herramientas imprescindibles para ejercer el maternazgo a distancia. Algunas de las voces que leeremos en estas páginas, reconocen la importancia de estos medios de comunicación que se convierten en instrumentos de relación sin los cuales su proyecto migratorio les sería más difícil de sostener. Encontramos esfuerzos enormes para sortear las dificultades del cambio horario, de la falta de internet en el país de origen y, también, apoyos entre las empleadoras para facilitar esta comunicación.

Nuevas maternidades están emergiendo desde las experiencias migratorias de las mujeres. Experiencias que no siempre están siendo comprendidas por quienes tratan cotidianamente con ellas (empleadoras, personal de servicios sociales, sanitarios y educativos) y que tampoco están siendo asimiladas positivamente por todas las mujeres que no acaban de encontrar la manera de reivindicar sus nuevas formas de cuidar desde la distancia o desde la cercanía en un entorno distinto en el que tienen que socializar a sus hijas e hijos.

Las políticas públicas sobre el tema escasean, pero en cambio está muy presente el estigma hacia las madres; estigma que muchas veces toma un cariz compasivo o de reproche velado (“yo no podría hacerlo”) que además del daño que puede causar, homogeneiza las vivencias maternas y refuerza los controles sociales hacia quienes no se ajustan a la visión tradicional de la “buena madre”.

La cercanía virtual que no debería contemplarse nunca como sustitutos de la cercanía física a riesgo de devaluarla, debe entenderse como la relación que hoy por hoy pueden establecer las

madres migradas y, por tanto, deberíamos apoyar todos sus esfuerzos sabiendo que el cuidado cercano, por lo menos mientras las hijas e hijos no se reagrupen, no es un modelo a utilizar como parámetro si no queremos culpabilizar más a unas madres que ya lo están.

Tendríamos que plantearnos como objetivo, quienes tenemos relación de cualquier tipo con estas madres, rebajar la angustia y el dolor que genera la lejanía; devolver una imagen más positiva de estas formas de maternazgo en la distancia que se complementan con el cuidado cercano de otras mujeres. Y, sobre todo, tendríamos que reivindicar estas formas de ser madres que cuestionan el prototipo patriarcal de la madre omnipotente, con una disposición absoluta para el sacrificio.

Las maternidades migradas, sobre todo las que se ejercen desde la distancia, son ejemplo de que el rol materno no solo incluye el afecto; la incondicionalidad del cuidado materno incluye una gran dosis de responsabilidad, que es lo que las madres migrantes de estas historias nos cuentan.

Este cuaderno, como todas las publicaciones que realiza *Mujeres con Voz*, tiene un objetivo práctico. Quiere ayudar a generar una visión positiva de la migración y sus aportes, de las personas que están cuidando a niñas, niños, personas mayores y/o dependientes. Reivindicar el cuidado que sostiene la vida es algo que no solo se tiene que quedar en las grandes líneas sino en la cercanía del trato a las madres que están transformando, aun a su pesar, las maneras de vivir la maternidad y esas experiencias, nos importan a todas las mujeres porque contribuyen a ampliar las opciones de ejercer el cuidado materno lejos de las imposiciones y controles patriarcales que tanto daño han y siguen causando.

Además de las entrevistas aquí rescatadas, **Mujeres con Voz** en su programa de maternidades, ha creado grupos de reflexión y apoyo mutuo, dirigidos a madres migradas con dificultades para ejercer la maternidad a distancia o la maternidad con adolescentes que viven con ellas. Así mismo, organiza charlas y video foros sobre el tema. Si quieres más información o ejemplares de los materiales editados, puedes dirigirte a las direcciones virtuales que aparecen en los créditos de esta publicación.

Norma Vázquez
Feminista, psicóloga.

Mariela

Es boliviana, tiene 32 años y una hija de 13. Lleva 10 años viviendo en el País Vasco. Participa en distintos grupos de mujeres y va a visitar a su hija cada dos años aproximadamente.

La intención primera era verme dos años, reunir un poco de dinero para que me facilite un poco allí pero los planes no han salido así, más que todo por cuestión familiar, por una cuestión económica. La niña está con mis padres, estaba pensado dejarla con ellos, lo hablé y se quedó al cuidado de mi padre, porque él dispone de más tiempo y es él el que ha estado cargando con todas las responsabilidades allí.

Hablo casi todos los días con mi hija, al principio cuando estaba pequeña era una conversación de cómo está, si había comido o no, qué tenía que hacer y todo eso, pero ahora ya eso va cambiando, ahora ya es adolescente y son conversaciones más largas, de ayuda en las materias de estudio, habla un poco de los profesores, de los compañeros, de las amiguitas, del grupo de deporte. Hay días en que ella se dispone y puede hablar hasta dos horas, lo que me dura también la tarjeta, pero hay días en que un saludo, “sí, estoy bien” y ya está, o tranquilamente me puede cortar la comunicación.

Ya lo llevo bien, al principio sí me costaba un poco pero ahora ya estoy mucho mejor, es más llevadero ahora para mí y ella también hay días en que me cuenta todo. Ya no es sólo una relación de madre e hija porque ella sabe que no solo soy su madre sino también su amiga y me cuenta casi todo, bueno “casi todo” te digo porque todo, todo tampoco me contará, de eso también soy consciente porque no la veo, pero sé que la mayoría de las cosas sí me las cuenta. Cuando se siente mal, cuando ha conseguido algo y está contenta y feliz por las notas, cuando le salen bien las cosas y cuando no, pues igual se retrae un poco, pero ya me entero por medio de mis padres. Lo hablo con ella, siempre. Hay algunas cosas de estas edades donde se revelan y faltan al respeto, te echan un grito o lo que sea, pero lo hablo con ella. Hay algunas cosas que intento frenar por teléfono y ya sé que no es lo mismo, pero por lo menos que se entere que hay reglas, tanto estando yo ahí como no.





Le dije desde el principio que iba a viajar para poder estar mejor. En un principio, cuando era una niña igual no me iba a entender pero le dije que era para comprarle juguetes y así, en ese plan. Ella también estaba consciente y me decía: “¿mamá estas trabajando?”, lo tomó bien y yo le decía que no llore, que cualquier cosa que cuente con mi mamá, que va a estar siempre con ellos, que mi padre también esta ahí para cuidarla, también mi hermano, que es su tío pero también ha hecho de hermano... Creo que al estar también con esa figura de abuela y de abuelo no le ha faltado el apoyo de la familia.

Yo sé que estoy allí más o menos, estoy siempre intentando ver qué fechas son importantes allí y hablando con ella, le digo “mira, yo no estoy el día de la madre y va a estar la abuela, ella va a estar contigo acompañándote y el regalo que hagas va a ser para ella, a ver qué tal te sale, me vas a enseñar, me vas a mandar fotos”. No veo por parte de ella reclamo, porque tampoco mis padres le hacen tener ese rencor que a veces he visto en otros niños que te van diciendo “pero es que tú me has dejado”. Ella por lo menos no me lo ha dicho, no sé si lo sentirá, igual me lo dirá más tarde. Quizás haya surgido algo por parte de sus amiguitas preguntándole dónde está su mamá o por qué vienen tus abuelos a buscarte o por qué a tus abuelos los llamas papi y mami. Algo de eso sí lo he oído y me lo han dicho, pero que ella me diga “¿por qué me has dejado?” no, no me lo ha dicho. Yo le digo que estoy aquí trabajando para que tenga una buena educación y que hay unas cosas que se tienen que pagar, que yo ahora allí no puedo ganar lo mismo que aquí y que estoy intentando ahorrar lo más posible para estar luego con ella.

Al principio es doloroso porque dejas a una niña súper chiquitina pero también sabes que es por el bien de ella. De alguna manera te compensa, al

final pues yo creo que los talleres me han ayudado bastante a gestionar esto y más que todo, las emociones, ha sido como quitarte toda la carga y los prejuicios que traemos.

Cuando llegué aquí empecé a cuidar a una niña de dos años y ahora todavía sigo en esa casa y la niña tiene 11, va a hacer 12. Básicamente era como mi hija, a ella la he podido cuidar mucho porque la madre también trabajaba y al final ha sido como que me llenaba el estar con la pequeñita. Y ahora que ya es también preadolescente digo “mira lo que me espera con la mía”. Al principio me parecía que había tenido suerte con la niña que me había tocado cuidar, porque también necesitaba de alguna manera dar ese cariño que había dado con mi hija y al haber aparecido esta otra niña ha sido como una bendición. Me ha hecho mucha ilusión tenerla desde tan pequeñita y cuidarla y es como mía también. Hay un sentimiento especial con ella.

Mi hermana estaba aquí cuando yo me vine y siempre me ha estado apoyando, no me ha juzgado en ningún momento. Es más, cuando yo estaba por el suelo siempre me estaba levantando, animando y todo eso. Al final también hemos terminado siendo mejores amigas, apoyándonos una a la otra. Ella también habla con mi hija bastante y a veces cuando yo soy demasiado exigente, ella me dice “tu tranquila que yo hablo con ella” o “también es como mi hija o como la hermana pequeña que tenemos, hay que estar guiándola” y que estamos para apoyarnos.

La niña no les ha traído mucha dificultad a mis padres porque es súper responsable. Al principio tenía miedo de dejarla, pensaba que igual no me la cuidaban bien o no iba a rendir bien en el colegio, pero la verdad es que nos quedamos todos asombrados porque es una de las mejores estu-

diantes y saca buenas notas, es súper aplicada. Mis padres están contentos con ella y también porque han disfrutado de su niñez, cosa que no han disfrutado con nosotras porque nosotras vivimos con nuestras abuelas; creo que también a ellos les ha enriquecido, les ha fortalecido como abuelos y no sienten que hayan pasado tantos años porque están contentos.

La verdad es que, cuando la tuve, yo no pensaba todavía en la maternidad. El primer año yo no era todavía consciente de que te venía tanta responsabilidad pero ya cuando pasan los años y van pasando cosas y tus responsabilidades se van sumando, ahí es cuando dices “¿dónde me he metido?” y ahora mismo me lo pensaría hasta ochenta mil veces para volver a tener otro hijo. Ahora ya lo veo de otra manera, ya no te hace tanta ilusión, no tanto el tener un hijo sino que ya ves otras dimensiones más, como el factor económico o el lugar donde quieres tener un hijo, ya influyen muchas cosas y no es solamente “Oye, voy a tener un hijo”.

Cuando me he reunido con los compañeros de la universidad, por ejemplo, sí me preguntaron “¿Cuántos años piensas estar allí, que tienes aquí a tu hija, cuando piensas volver?”. Siempre te dicen este tipo de cosas o “¿Has venido y te vas a volver a ir y vas a volver a dejar a tu hija?”, un montón de veces me lo cuestionan. Allí todavía se piensa que eres una madre que ha abandonado y que no se está haciendo cargo de la niña, eso lo he oído de varios compañeros. Una de mis amigas, lo veía en plan de “pobrecita la niña, que no está contigo y te estás perdiendo todo” pero mi respuesta era “a veces estando con tu hijo no le dedicas el tiempo necesario o que idealmente se debería o que te hacen creer que tendrías que dedicarle”. Al principio esos comentarios me chocaban pero ya no me llegan porque me lo he trabajado, al final ya paso de esos comentarios.

Creo que los hombres no tienen ese sentimiento de culpabilidad, parece que a ellos no les llegan las cosas o no lo pasan de la misma manera que nosotras. Ese sentimiento de culpabilidad que, aunque nos lo trabajemos nosotras, de algún modo como que se nos queda, no termina una de quitárselo.

Tenía unos jefes que me decían que cómo había abandonado a la niña, y aunque yo les de mi punto de vista ellos no lo entienden, porque mi situación es muy distinta a la vida que ellos llevan, a cómo llevan la relación de padres e hijos, y por mucho que les explique no lo van a entender.

Intenté reagrupar a mi hija pero tengo un proceso legal allí que se ha quedado estancado. Ella sabe que por lo menos puede venir de vacaciones, un tiempo, pero no le he planteado lo de venir para quedarse porque no sé si se podría, para eso necesito un permiso legal de su padre y estoy condicionada a eso.

Yo creo que la maternidad, si tienes gente que te apoya, se puede llevar y he tenido la suerte de tener a mis padres y a mi hermano. Al final, no es tan imprescindible que yo esté ahí porque mi hija se ha ido formando sola, la he visto cuando he viajado allí que es independiente, se puede preparar la ropa y puede desayunar sola y demás cosas... Sí que tiene que tener la figura materna y paterna y todo eso, pero tanto-tanto así, como que no. Sí tiene una familia ahí que la puede ayudar un poquito de todos lados, yo le he visto y me he quedado sorprendida, aunque yo no esté allí ella sabe hacer muchas cosas, puede que algunas cosas le falten y que tenga alguna dificultad pero veo que ha ido cogiendo bastantes herramientas y ha salido adelante, la he visto crecer y la veo bien. No la he encontrado mal ni nada. Igual ha sido porque mis padres han hecho bien de padres siendo abuelos y veo en ella que no ha sido tan malo dejarla. Eso también me sana.

La migración femenina, especialmente la materna, se interpreta de manera ambivalente; por un lado, la imagen heroica de la mujer que se sacrifica por sus hijos y, por otro lado, el surgimiento de una especie de estigmatización de las madres que al migrar han abandonado a sus hijos sin haber concluido las tareas de atención que le corresponden. Se les considera desnaturalizadas a las madres que salen de sus países, por ir en busca de “quién sabe qué”, dejando a sus hijos abandonados, mientras que si se trata de los padres, se les juzga de manera normal y comprensible.

“Familias en movimiento: más allá de los estereotipos de la maternidad transnacional”
<http://dx.doi.org/10.1387/pceic.13002>

Ana Cecilia

Vino a Euskadi desde Guatemala hace año y medio dejando a su niña de 4 años al cuidado de una abuela mientras ella cuida a su otra hija que nació aquí y que tiene 6 meses. Ella acaba de cumplir 25 años.

Vine a buscar trabajo. Lo hice por la niña porque en mi país era difícil conseguir trabajo y no contaba con el apoyo del papá de ella, al principio sí pero se fue de la casa y ya no quería apoyarnos, para mí era muy difícil porque trabajaba pero no me alcanzaba, por eso fue que vine. Pensaba venir a trabajar unos dos años y traer a la niña pero ahora no sé, al enterarme de que estaba embarazada me cambió un poco el panorama, porque uno viene con unos planes a trabajar...

A mi hija la está cuidando mi tía, que es como mi mamá porque yo me he criado con ella, tengo confianza en ella y me la cuida bien. Hablo con ella por teléfono siempre, siempre estamos hablando, unas dos veces a la semana, cuando se puede porque a veces ella no quiere hablar porque está ocupada haciendo cosas, cuando ella quiere hablamos.

Cuando me marché le dije que me tenía que ir porque se me hacía difícil, le dije que no teníamos dinero y que tenía que salir a trabajar, que cuando ella creciera iba a regresar... Cuando le preguntan dónde estoy ella dice que cuando sea más grandecita yo voy a volver. La distancia es difícil porque me estoy perdiendo años importantes en la vida de ella.

Cuando cuidaba niños traté de hacerlo lo mejor posible, cuidar bien a mis niños y sentir como si fuera mi niña, sentía que si yo cuidaba bien a esos niños mi hija también iba a estar bien cuidada. Mi familia me dice que trate de traerla o de volver con ella, yo quisiera traerla pero ya cuando tenga otro trabajo porque yo no quisiera traerla aquí a sufrir y a negarle cosas, ella allí está bien, mi mamá me ayuda un poco con ella y está mejor ahí.

Antes yo estaba siempre con ella y decía que nunca me iba a separar de ella... Al venir aquí me doy cuenta de que sí es difícil estar aquí sin los hijos pero uno trata de hacer lo mejor por ellos, porque cómo le digo yo a ella "no va a ser

toda la vida", va a ser un tiempo en el que trate de arreglar las cosas para que estemos bien las dos... Me pongo a pensar que hubiéramos hecho si la traigo y tengo a mi otra hija porque yo trabajaba pero era muy poco lo que ganaba, no nos iba a alcanzar y ya con ella y con la otra iba a ser muy difícil, a veces sí me duele pero creo que estamos un poco mejor así aunque yo sí quisiera traerla también, para estar las tres juntas.

Ahora él está ayudando un poco con la niña mayor pero antes de venir, él estaba como molesto, me quería quitar la niña mayorcita, me decía que si yo no la podía mantener me la iba a quitar porque él sí tenía cómo mantenerla, pero que no me iba a dar nada de dinero. Yo fui con un licenciado a hacer unos papeles para que él no tenga derecho de quitármela y le pusieron a él que tenía que darle la manutención a la niña y que yo tenía los derechos sobre ella y que él no tenía derecho de verla... Después de año y medio él no ha cumplido con eso, no le ha pasado nada a la niña hasta hace dos meses que empezó a decir que quiere cambiar y que le quiere ayudar a la niña, ahora le está pasando pero no es ni la cuarta parte de lo que él tiene que pasarle, o sea que le da lo que él quiere y no lo que tiene, y a la pequeña nada, sólo a la mayorcita que le da una parte, me dice que no tiene mucho trabajo, que le da lo que él puede, que a veces se queda sin nada por darle a ella, pero él sabrá qué hace.

Cuando hablo con ella normalmente siempre está feliz, está alegre, me cuenta qué es lo que ha hecho, eso es lo que me gusta de ella que a pesar de ser tan pequeña siempre la he notado más madurita y que entiende bien las cosas, se las toma bien y se da cuenta de todo... A veces cuando le hablo me dice "estoy ocupada, es que ahora estoy cocinando" o "estoy haciendo las tareas de la escuela" o "estoy viendo la televisión, ahora no puedo hablar", o me cuenta que se ha ido a comprar, que ha salido y ha estado

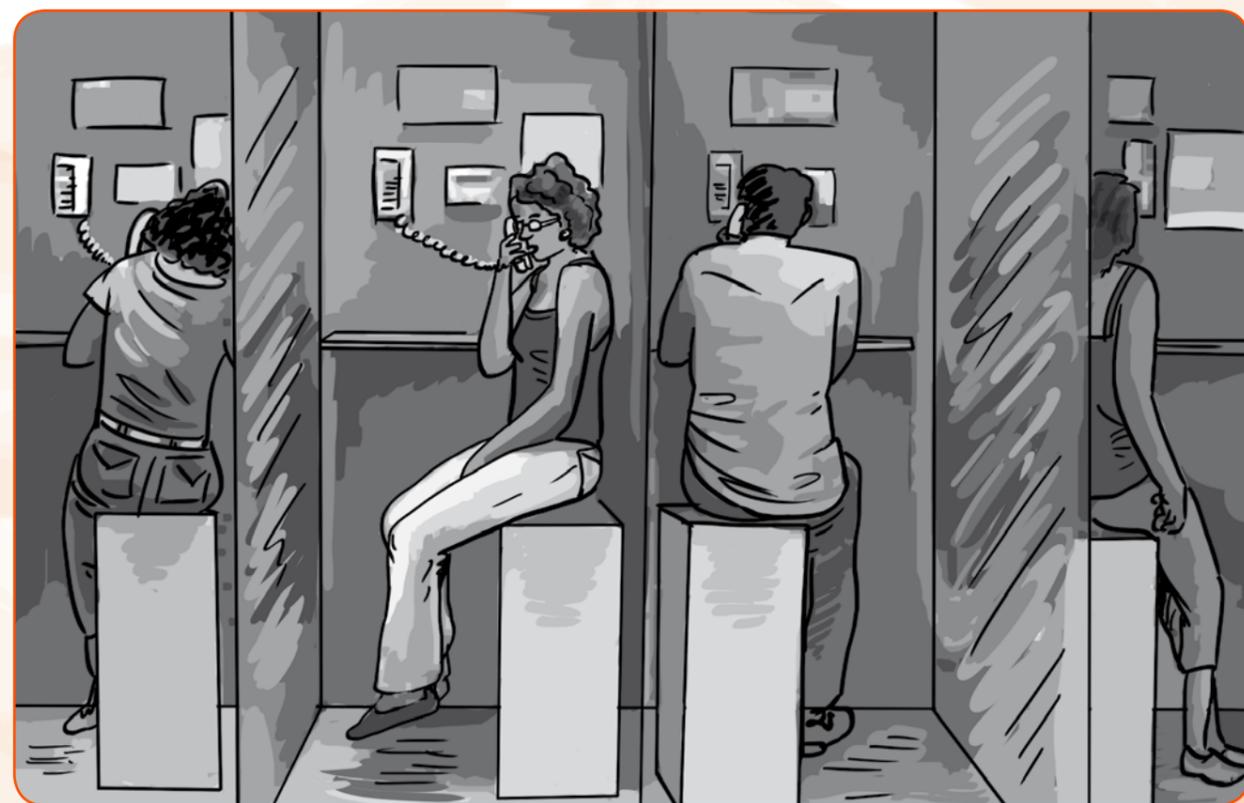
con sus primos o sus tías, siempre tiene algo nuevo que contar y siempre está alegre.

En algún momento sí quisiera volver, aunque sea sólo para ir de visita pero a vivir allí no, yo veo que aquí se vive un poco más tranquilo con más seguridad, allí es todo muy peligroso, por ejemplo a las ocho de la noche ya no puedes salir a la calle mientras que aquí no pasa nada, y de eso se da cuenta uno... También veo que la educación acá es mejor, por eso quisiera traerla para educarla acá, aunque supongo que para ella será un poco difícil porque ya está acostumbrada a estar con tanto niño, con mi tía, con mi familia pero también creo que siendo niña le va a ser un poco más fácil que uno ya grande, sí, por eso quisiera traerla lo más pronto posible, para que no le sea tan difícil.

Al poco tiempo de separarnos yo vine aquí y no sabía que estaba embarazada. Yo no me había quedado embarazada después de que nació la niña mayor, además se me había hecho muy difícil quedarme embarazada de ella, sí quería tenerla pero se me hizo difícil y me habían dicho que por problemas que yo tengo, me iba a ser muy difícil embarazarme y que posiblemente sólo iba a tener a la niña mayorcita... Entonces, cuando nos separamos, decidí venir pero sin pensar que ella venía también... al enterarme aquí sí fue difícil.

Yo nunca tenía planeado tener otra niña, yo decía "con una ya estoy bien" y al enterarme de que estaba embarazada sentí como... no sorpresa, tampoco tristeza, fue como que no entendía, yo decía "¿por qué, por qué ahora, por qué no antes, por qué ahora justamente?", no entendía por qué y siempre me lo pregunto. También tenía ese miedo de pensar "¿y si no la voy a querer?", tenía el miedo de que a lo mejor no la iba a querer tanto como a la mayorcita, porque a la mayorcita la deseaba, la quería, y me fue tan difícil lograr embarazarme de ella y el embarazo lo pasé terrible... Sin embargo con la segunda no sufrí nada, ni antojos, ni náuseas, nada, yo llevaba mi vida normal como si no estuviera embarazada, entonces tenía como que un poquito de miedo, pero al verla ya me enamoré de ella y feliz, la llevo como una compañerita, yo digo "si ella no estuviera ahora yo estaría aquí sola" pero ahora la tengo conmigo y es un apoyo para no sentirme sola, estoy feliz de tenerla pero quisiera tener a la otra para estar ya las tres juntas, creo que eso sería lo mejor.

La maternidad y la paternidad son cosas distintas; un hombre es como un poquito más alejado de los hijos, bueno, los que yo conozco son un poquito más alejados y no les es tan difícil, aunque sí se sienten un poco mal... Para una mamá es más duro dejar a sus hijos, puede no



estar el padre pero la mamá se las arregla como sea para estar con los hijos pero los papás no, no pueden estar solos con los niños, eso es lo que yo he visto, que hay hombres que se desentienden o que, como está la mamá, se olvidan,

en cambio una mamá se preocupa mucho, será porque ella los tuvo en el embarazo y ha sufrido todo o no sé, pero sí creo que una mamá es más que el papá.

Estas mujeres se alejan físicamente de sus casas, descubren nuevas maneras de seguir presente en la vida de sus hijos e hijas y, aunque la sensación de ausencia y lejanía está presente todos los días, empiezan a ver que ser madres en la distancia también es posible. La experiencia migratoria puede propiciar transformaciones en sus prácticas sociales en diferentes sentidos, la maternidad en la distancia significaría nada más que otra maternidad.

Madres Migrantes. Nuevas formas de transmisión de afectos en la distancia.

<http://www.cotidianomujer.org.uy/sitio/pdf/debatefeminista/A%20Hernandez%20-%20DebateFeminista2014.pdf>

Amina

Es madre de una niña de 6 años, los mismos que lleva viviendo en España, cuatro de ellos en una ciudad de Euskadi. El resto de su familia vive en Marruecos.

He pasado todos estos años con miedo, mucho miedo, ni contaba lo que me pasaba porque tengo una niña y me decían “sí vas a los servicios sociales a contarles te van a quitar a la niña”, además del miedo a la deportación, que nosotros al principio no entendemos esto bien, todo el mundo te dice ¡Cuidado! ¡Que te quitan a la niña! ¡Cuidado! Así que ni hablas, ni cuentas, ni dices nada, hasta que ya exploté... Menos mal que estaba en las manos de la asociación y me han cuidado a mí y a mi hija, me han mandado al psicólogo y ellos han cuidado de mi hija hasta que yo me tranquilice y esté bien, la han controlado durante unos meses hasta que yo estaba bien y podía con mi hija... Ahora no hay riesgo de que me quiten a la niña, hasta las trabajadoras sociales me han dicho: “tranquila que no vamos a quitarte la niña, tú tranquila, nosotros no quitamos los niños, nosotros queremos que tu estés bien con tu hija y no te preocupes de esto, olvídale”.

Mi hija nació en Marruecos, la he traído aquí cuando tenía ocho meses, vivimos con su padre unos meses pero su padre no ha salido bien, desde los primeros meses le ha tratado mal a mi hija, no sé por qué, sólo era una niña de ocho meses que estaba llorando... Otra cosa que no he entendido es una vez que fui a ducharle y me he encontrado con unas motitas negras en su cuerpo, estas cosas no aparecen solas, cada vez que yo voy al baño le dejo la niña y la niña grita ¿por qué grita? Estaba bien y luego cuando he visto su cuerpo he encontrado esas cosas, eso me ha hecho tener problemas entre él y yo...

Otra vez que fui a mi país para trabajar unos meses también me he encontrado problemas con la niña, a la vuelta le he encontrado un día a mi hija, que estaba con mis padres, hasta aquí con el pis, no le han cambiado el pañal, no sé por qué han hecho esto, si es porque están ocupados o no sé por qué me la dejan a la noche enferma, después de esto estuvimos una semana en el hospital con crisis de asma.

Al venir al País Vasco, mi pareja empezó a tratarme mal y mi hija empezó a sufrir otra vez, pensé que iba ayudarme pero no fue así y yo no sabía qué hacer, si estar con él toda mi vida o



volver a mi país... no sé qué le pasa con la niña, aunque es su hija no se encariña con ella, empezó a tratarle mal, la niña en esta época tiene dos años y medio, casi tres y él le pegaba por cualquier cosa, por ejemplo se le caía algo de su mano y le pegaba, ella no aceptaba esto y empezó a tener miedo... pero él ha dicho luego, cuando estuvimos hablando, que quiere que ella tenga miedo de él, su manera de pensar es que hay que meterle miedo desde el principio para que ella siempre tenga miedo de él y le escuche... Mira cómo piensa.

En estos días pensé que yo no podía dejar a mi hija así, por eso hemos dejado esto y nos fuimos, mi hija se quedó sufriendo mucho, se quedó siempre diciendo "me ha pegado, me ha pegado", nos fuimos un ratito a Marruecos en vacaciones y a la vuelta estuve tres meses con otro chico pero él tampoco quiere a la niña y me estaba amenazando diciéndome "llévate esta niña a Marruecos, tú tienes que vivir conmigo pero la niña no", cualquier cosa que hace la niña le

molesta pero nunca ha pegado a la niña aunque siempre estuvimos discutiendo por mi hija... Los de la asociación están siempre alrededor y antes de que pase algo malo a mi hija me han avisado o han intervenido.

Hace un año apareció su padre queriendo verla pero mi hija no aceptó, hasta en el cole me dijeron "tu hija ya no avanza" y yo también observaba que estaba un poco rara aunque ya ahora mi hija está bien.

Los niños no son como nosotros, mi hija se va al cole y se le olvida todo, está con los amigos y cuando le pregunto me ha dicho que está bien, no creo que tenga problemas, creo que ella va a estar bien, mejor que yo, ella va a crecer aquí y yo estoy tratando de que ella se encuentre bien después, que no vaya a tener el choque cultural, yo esto lo he trabajado mucho porque hay jóvenes que ahora tienen 20 años y están sufriendo por el choque cultural, pero a mi hija no le va a pasar eso.

A pesar de las dificultades que han enfrentado, la experiencia migratoria ha tenido también efectos positivos en la autoestima de las madres, en el empoderamiento económico, en un cambio de visión o enriquecimiento de perspectivas sobre la vida, aunque pueda estar marcada por discriminación en el país de destino o falta de cumplimiento de sus derechos laborales. Las familias se manifiestan más unidas por un propósito común. Los hijos e hijas sienten que les ha ayudado a crecer como personas.

"Maternidad y comunicación transnacional: afectos y toma de decisiones"
<http://165.98.12.83/30/1/Cuaderno29.pdf>

Amalia

Es guatemalteca, tiene 31 años y lleva un año viviendo en el País Vasco. Tiene un hijo de 11 años en Guatemala.

Llevo un año aquí y lo único que me echa un poco para atrás es saber que le tengo a mi hijo allá, porque por lo demás yo estoy bien aquí, me he adaptado súper bien.

Conocí a mi pareja en Guatemala hace 5 años, vivíamos con mi hijo en la casa pero él no tenía las mismas oportunidades de trabajo que yo aquí. Decidimos que cuando yo terminara la carrera nos íbamos a venir, yo a estudiar y él a trabajar, y que íbamos a ver en un tiempo cómo nos iba y a plantearnos si nos quedábamos aquí o nos regresábamos.

Un año antes de venirme le empecé a decir "el otro año me voy a ir al País Vasco, voy a ir a estudiar y luego ya cuando estemos estables, si veo que eso me gusta ya te llevamos a ti para vivir allí todos, pero cuando tengamos una estabilidad". Vino en julio, sólo estuvo un mes y me costó un montón que el padre le diera permiso, no le quería dejar venir porque decía que yo me lo iba a traer y no le iba a dejar regresar.

El padre de mi hijo está en Guatemala y no me da permiso para traerlo, voy a ir allá en marzo para hacer ese trámite. Encima de todo es muy egoísta de su parte porque él vive en la capital y mi hijo vive en otra ciudad, están a 300 km de distancia y le ve un fin de semana cada tres meses. Mi hijo está ahora con mis padres, el padre no se hace cargo de él, cuando quiere le pasa una mensualidad que es una miseria y la pasa cuando él quiere. Con lo que él me da sólo me alcanza para pagar el colegio, el resto lo he sacado yo adelante siempre.

El padre me chantajea todo el tiempo diciéndome "tu hijo no te va a perdonar que te hayas ido detrás de otro hombre", porque esa es su idea, que yo me vine para acá detrás de un hombre, y yo digo que lo que no le va a perdonar mi hijo es cuando sepa por qué fue que nos dejamos, porque todo el tiempo se lo he ocultado por intentar que mi hijo sea feliz.

Ahora le he dado un móvil. Yo he estado siempre en contra de que los niños tengan móvil y siempre le dije que no tendría móvil hasta los 15 años, pero ahora estoy con esa contradicción... He tenido que comprarle un móvil para poder estar más en contacto con él, porque por el problema de la diferencia de horario, muchas veces yo llego a la casa después del trabajo y él no está o está comiendo o se ha ido a no sé qué, en cambio con el móvil le puedo escribir y él me contesta. Por Skype hablamos casi cada semana pero por whatsapp casi todos los días. Él me cuenta que está bien, no ha bajado de rendimiento en el colegio, es un niño súper tranquilo, muy inteligente y sigue con las mismas notas.

Yo tengo mucha relación con mi madre, ella es la que me dice que el niño ha hecho esto o que en el colegio le han dicho tal cosa. Mis padres me apoyaron desde el principio porque la relación que tuve antes con el padre del niño fue una relación muy difícil, muy dura, yo creo que eso también les cambió, me apoyaron totalmente las decisiones que tomé de estudiar, ir a la universidad, trabajar...

Me tocó quedarme muy pequeña sola con el niño porque yo lo tuve a los 19 años. Con 19 añitos, obviamente, se te vienen a la mente un montón de cosas, pero yo no me arrepiento de tener al hijo que tengo porque es un amor de niño y me llevo súper bien con él, pero sí me arrepiento del tiempo en el que lo tuve, porque yo hubiera querido hacer muchas más cosas. Ahora ya está bien porque tiene 11 años y yo soy una mamá joven, pero en ese momento sí se te viene el mundo encima y te derrumba. No es lo mismo la maternidad cuando dices "llevo tantos años con mi pareja y nos planteamos tener un niño dentro de tres años" y lo buscas, que cuando con 19 años te haces una prueba de embarazo y dices "estoy embarazada" y se te viene el mundo encima... no lo ves de la misma forma.

Es duro porque encima a mí me ha tocado ser una madre diferente y salir de todas esas reglas

Madres desde el locutorio

Inmigrantes cuentan cómo educan a sus hijos en la distancia



que te marca la maternidad en un país como el mío, que si eres madre parece que dejas de ser mujer, eres madre y te olvidas de ti y de todo, sólo vives para tu hijo y como quieras salir de fiesta ya eres una mala madre y como tengas una pareja ya eres una mala madre... Romper con todo eso es difícil, sobre todo cuando una viene de un pueblo pequeño con mucho machismo, la gente no lo ve bien y al final te marcan una maternidad tan idealizada desde pequeña que el hecho de estar lejos de tus hijos y de darte esa segunda oportunidad en cierto modo te hace sentir mal, te hace sentir que tú eres una mala madre porque estas abandonando tus hijos aunque nunca los has tenido abandonados...

Yo a mi hijo nunca le he tenido abandonado, siempre he estado pendiente de él y me duele un motón tenerlo lejos, incluso estoy más pendiente que lo que está el padre pero claro, él con ir dos veces cada tres meses ya se siente un súper papá aunque no estuvo con su hijo nunca cuando le dolía una muela, cuando se despertaba de noche llorando, cuando me tenía yo que desvelar haciendo los trabajos que le dieron los profesores, pero como ahora estoy lejos lo ve todo mal.

El hecho de que seas madre y padre a la vez hace que tú seas la mala del cuento, la que le tiene

que corregir porque el padre se lo lleva cada tres meses y le compra de todo, lo lleva a centros comerciales, le da de todo y cuando hace algo malo no le corrige, pero como tú estás con ellos todo el tiempo tienes que ser la mala del cuento porque si no te pierden el respeto y a mí me tocaba eso, de hecho ahora también, cuando estoy lejos me cuesta más porque yo digo "no estoy con él para llamarle y echarle la bronca por las cosas que hace", pero lo hago porque no me queda de otra.

Cuando yo vine, en tres meses estaba derrumbada... y más cuando empezó este clima de llover, llover y llover... Pero creo que recibir formaciones, ir a talleres, estar en temas asociativos también me hace tirar para adelante porque si no me estuviera en la casa encerrada llorando todo el tiempo. Sólo de esta forma es como he podido llevarlo un poco mejor.

Estuve dos semanas cuidando dos niños hace 4 o 5 meses, de una chica que se iba de baja y me lo pidió. Lo primero que me puse a pensar fue: "las mujeres vienen de lejos, tienen a sus hijos fuera, con ese sentimiento tan duro de estar lejos de tus hijos, y venir a cuidar hijos de otros"; es difícil tener que estar haciéndote cargo de otros que no son tus hijos, que encima a veces son unos niños súper malcriados y tú dices "no les puedo

corregir porque no son los míos, no tengo más que aguantarme y aceptarles las cosas porque si no, pierdo mi trabajo".

Como madre no me siento completa, sé que me hace falta mi hijo y que me encantaría tenerle aquí; me he sentido mal y me lo he tenido que trabajar yo sola. Es culpa, a veces siento que en cierta parte yo he sido egoísta, porque por mi felicidad o por mi bienestar le he dejado, pero luego me doy mi tiempo para analizar las cosas y digo "no, es que no estoy pensando sólo en mí", si he venido es porque quiero estudiar, quiero trabajar y quiero un día traérmelo, y si a él no le gusta esto pues nos tendremos que volver, pero entonces no estoy pensando sólo en mí... En algunos momentos me he sentido mal diciendo "le he dejado ahí y aquí estoy yo, feliz de la vida", pero no, no estoy feliz de la vida porque me falta él, porque yo no me he buscado un trabajo para poderme vestir o irme de fiesta, el trabajo es porque yo estoy ahorrando, yo lo que quiero es ir a verle, arreglar las cosas legalmente, traérmelo y estoy trabajando para eso.

Todo mi pensamiento está basado en él, en poderlo traer y que le guste, podernos quedar, porque a mí me gusta esto, también me gusta Guatemala pero creo que aquí hay más oportunidades, más tranquilidad como mujer y como madre.

Al niño lo hemos traído aquí en tiempo con sol pensando en que si viene con este tiempo va a decir "yo aquí no quiero vivir". Le gustó mucho esto pero también le gusta el sitio donde vivimos, no está súper ilusionado por venir para acá, pero si le digo que lo traigo para acá me va a decir que sí y ya aquí también depende de cómo se adapte él.

Yo no quiero que mi hijo viva con su padre, porque él es machista, celoso, posesivo, bebe mucho, y cuando bebe se pone violento. Yo no quiero ese ejemplo para mi hijo. Mi hijo no me ha preguntado nunca por qué no le dejo vivir con él, pero yo creo que es porque él ya lo sabe.

La implicación en la maternidad y la paternidad es distinta. Yo me he tenido que sentir mal porque soy madre pero si él hubiera tenido la misma oportunidad que tengo yo, ni se lo hubiera planteado dos veces, ni hubiera pasado pensando un año como me lo pasé yo... Si él tuviera una novia que es de fuera y hubiera tenido la oportunidad de irse fuera a estudiar, de irse juntos, trabajar y mandar dinero, ya con eso se hubiera sentido él totalmente bien, en cambio yo no, ¿por qué?, porque yo lo que necesito es tener a mi hijo aquí, no necesito mandar 100 euros al mes para quedarme tranquila, porque no me quedo tranquila con mandar dinero, yo lo que quiero es tenerlo aquí. Sí, la implicación es totalmente distinta.

La webcam es una posibilidad única de ver a sus seres queridos y de tener un contacto más parecido al encuentro "cara a cara". Durante el tiempo que dura el contacto olvidan la distancia física y al ver y escuchar a sus hijos e hijas se sienten más cerca; pero la sensación de estar cerca también deja clara la lejanía. La sensación de proximidad durante el contacto provoca que sientan mayor desazón. Describen el final de estas comunicaciones como algo aún más difícil emocionalmente. Para ellas significa volver a la realidad y sentir pesadamente la distancia geográfica que los separa.

"Las TIC en medio de las relaciones: manejo de la distancia y la proximidad en las familias transnacionales" <http://digithum.uoc.edu/ojs/index.php/digithum/article/view/n13-delafuente-esp>.

Liberté

Tiene 36 años y es marroquí. Lleva 4 años y medio viviendo en el País Vasco, está casada y tiene un hijo.

Yo no tenía la idea de casarme, es la verdad, ni de casarme, ni de tener hijos, ni nada. Porque yo he venido aquí para un objetivo: trabajar para conseguir una vida, un futuro, y luego casarme y tener hijos, pero eso luego porque si no tengo papeles ni trabajo, no tengo nada básico para empezar.

Pero entonces conozco a mi marido en el metro y empiezo a salir con él como amigos, porque yo no tengo a nadie para hablar en árabe y para despejarme un poco. Digo “vale, voy a aprovechar este chico, voy a salir con él, porque yo no tengo amigas ni a nadie” pero él fue a hablar con mi hermano y le dijo “mira, yo quiero casarme con tu hermana” y ya está, nos casamos. Quería tomar pastillas para no tener niños pero él me decía “no, no, no, no. Es que yo quiero niños”. Yo le decía “es pronto, no tenemos ni trabajo ni nada ¿cómo vamos a tener niños? No”, pero me quedé embarazada en el primer mes, en la primera semana digamos. Estaba ganando 50 euros cada tarde pero me quedo embarazada y donde estaba trabajando no dije nada del embarazo ni de casarme.

Ahora estamos cobrando sólo la ayuda y con el bebé. Yo tengo que comprarle cosas pero no voy a Caritas, eso es difícil para nosotros, creo que la mayoría de la gente no quiere llegar a ese punto, a pedir, así en la puerta esperando para pedir, pañales o lo que sea. Tú tienes que hacerte cargo de lo que tienes, ¿no? Entonces con la ayuda y todo esto, no llegamos. Y con tres meses le he dicho a la chica que me hizo los meses de baja cuando nació mi niño “mira es que yo he estado pensando en volver a trabajar porque ya estoy recuperada”. Aunque tengo que levantar a la señora de la cama y es mucho peso y no voy a aguantar, pero lo estoy pasando mal económicamente.

Ella me decía “es que es muy pronto, quédate un poquito descansando, un mes o hasta que tu niño tengas seis meses por lo menos” Y le dije “vale, tienes razón, voy a quedarme con el niño

seis meses por lo menos, hasta que le empiece a dar puré o lo que sea, porque yo le daba solo el pecho”. Entonces a los seis meses, hablando con ella, le he dicho “mira yo ya quiero volver a trabajar”. Le he llamado al hijo un domingo y le digo “mira, es que ya estoy recuperada y quiero volver a cuidar a tu madre si puedo volver, claro” y él me dijo “no, no, no, es que mi madre ya está acostumbrada con la otra chica y ya está”. Así es como me quedé sin trabajo.

A mí me gusta ir donde mujeres hablan de cosas diferentes, de todo, de culturas también, pero con el niño no puedo. Además, si es por la tarde es peor. Porque si es por la mañana, aunque esté haciendo un curso o lo que sea, puedo faltar un día pero por la tarde es peor, mi marido me dice “no, no, no, yo no voy a quedarme con él porque llora y dice quiero mamá... No. Tienes que aguantar y tienes que aprender y tienes que quedarte con él”. Cuando él va a tomar el café o a pasarlo con los amigos, yo nunca, nunca le he dicho “¿Qué vamos a hacer con el niño? o ¿Cómo, como vamos a hacer con él?”. Pero cuando quiero ir a un sitio, ya llevo dos o tres días diciendo lo mismo: “Es que yo no sé cómo vamos a hacer. Yo no sé qué voy a hacer ¿lo voy a dejar contigo? No sé”. Si voy a un sitio ya cuando vuelvo me encuentro con el problema: “Es que tú no cuidas el niño... las mujeres que van a esos talleres sólo se apoyan contra los hombres”.

Cuando el niño era pequeñito, tenía solo 6 o 7 meses, fui a Médicos del Mundo que hacía talleres sábado y domingo, pero ahora ya no voy, porque es lejos y mucho gasto. Fui el año pasado cada sábado y domingo y dejaba el niño con él. Y un día ha venido con el niño y le dejaron entrar, y entró cuando el tema que estábamos hablando era la violencia contra la mujer. Entonces, cuando fui a casa, yo hablando normal, él me dice “¿eso es lo que aprendes ahí? ¿Eso es lo que te dicen ahí?”. Cuando yo voy a un sitio, a un taller por ejemplo, yo no voy a un bar a tomar café con amigos como él, él va a tomar café y pasarlo bien, ver fútbol y todo eso, y no se preo-

cupa por el niño. Pero yo cuando salgo voy a un taller, y estoy en el taller pero al mismo tiempo estoy con la mente en el niño, qué estará haciendo, si está llorando, si ha comido, entonces no lo estoy pasando bien y cuando llego a casa me dice “es que tú no cuidas el niño, es que tú no haces nada, es que tú no sé qué...”. Eso ya te provoca unos nervios. Le digo “a ver, si no te gusta esto, yo soy así. Ya está”.

Porque nunca dice “déjame el niño y vete” y cuando yo digo “voy a llevar conmigo el niño” me dice “ahhh ¿Vas a llevar el niño? Nunca vas a llevarlo. Si vas a llevarlo nos separamos, yo voy a llevar el niño a Marruecos. Y voy a irme para siempre y no vuelves a verlo”. Si yo tuviera un trabajo, por ejemplo, tendría dinero y podría hacer muchas cosas y cambiar muchas cosas, pero como no tengo nada, yo no tengo cara para ir a

Lanbide y decirles “quiero una ayuda por favor, porque tengo un niño y estoy separada y no sé qué...”.

Entonces, si tienes un trabajo y tu vida no te gusta, ya tienes tu trabajo y tienes tu vida solucionada, pero si tienes hijos ¿cómo lo vas a hacer? No los vas a llevar así, vas a ir pidiendo a Caritas, a Lanbide, a las asociaciones que hay aquí, o a los vecinos... Entonces, prefieres aguantar. Voy a aguantar y ya está, hasta que crezca el niño.

Hay veces que ya tienes la cabeza caliente de tantos problemas y tanta presión que me digo que voy a mandar al niño a mi madre, lo voy a mandar con mi hermano y ya está, solucionado, así ya se queda en Marruecos con mis padres que le van a cuidar bien y yo voy a moverme aquí como quiero. Pero luego pienso “¿Y cómo lo voy



a traer si no tiene papeles? Y si yo me arrepiento luego ¿cómo lo voy a hacer?”. Entonces, es un problema también. Es que, es una cosa que no tiene salida...

Ya cuando están grandes, aunque cuanto más grandes más problemas, pero por lo menos, si lo dejas en casa, ya estás tranquila, tú puedes moverte como quieras, porque ya cuando tiene 7 años, por ejemplo, ya puedes dejarlo con algún conocido, familiar o lo que sea, pero cuando es pequeño no te da eso de dejarlo con la gente porque igual va a llorar, no le van a tratar bien, no

sé... Ya más grande sabe y te va a contar luego si le han tratado bien, si no le han tratado bien...

Por eso yo ahora no quiero saber nada de niños, uno y ya está, aunque él me ha dicho “vamos a tener otro” y yo casi le voy a hacer caso, he dejado de tomar la pastilla hace dos meses... Pero le he dicho “mira, yo no voy a tener más hijos, éste es suficiente y ya está”. Hasta que yo no esté estable porque todavía necesito papeles, él también necesita papeles y yo quiero trabajar. Y si tengo otro no voy a poder trabajar. Además, mi vida no me gusta como es... Tener otro es más problemas.

Yo lo dejé al cuidado de mi hermana mientras yo venía a trabajar, pero me lo trataban muy mal así que fui por él y me lo traje. Él estaba pequeño, no se acuerda de nada pero me decía siempre que él no era de aquí y un día, haciendo el gran esfuerzo, junté el dinero y nos fuimos para allá, para que él comprendiera porque estamos aquí y viera también el futuro que le esperaba si nos quedábamos. Ahora él me dice que es vasco.

Marina, uruguaya de 38 años. Migró hace 15 años y hace 13 que reagrupó a su único hijo que hoy tiene 16 años. Ahora viven con su nueva pareja y el hijo de él.

Jenny

Es boliviana, tiene 40 años y lleva 9 viviendo en el País Vasco. Tiene dos hijas de 20 y 17 años y un hijo de 19.

Migré por motivos económicos. Lo principal para mí era tener una casa porque con tres niños no podíamos juntar el dinero para comprarnos un terrenito o una casita, ese fue el motivo de migrar. Primero vine yo, luego vino el padre de mis hijos y estuvimos tres años juntos aquí. En tres años logramos comprarnos la casa en Bolivia pero nos faltaba amueblarla y decidí quedarme yo un año más y que él se fuera. En ese año, las cosas no salieron bien, él se fue por otros lados y yo decidí sacar mis papeles y quedarme, mis hijos se quedaron mi suegra y así fueron pasando los años. La separación fue muy dura para mí porque yo ya sabía que él no estaba con mis hijos, pero yo seguí manteniendo a mis hijos.

Al principio les dije que veníamos con el papa a trabajar para comprar la casa y que volvíamos rápido. Mi hija pequeña no lo aceptaba, tenía 7 años y un día me dijo que si yo me iba ella no me iba a querer más, que tenía miedo; entonces fui hablándole hasta que aceptó que yo me viniera pero claro, ellos pensaban que era por corto tiempo, que yo venía por dos años y volvía, pero las cosas no salen cómo uno las planifica y a los tres años volvió su padre y yo tenía que volver al cuarto año, pero la cosa se complicó.

Decidí sacar a mis hijos de donde vivían con su abuela porque me exigía más dinero y sólo yo aportaba, mis hijos vivían mal, lo sé porque me lo comentaban y entonces decidí que alquilaba una casa y los sacaba de donde su abuela. Hablé con una abogada y me dijo que como a mi hija le faltaban seis meses para cumplir la mayoría de edad ya podía sacarlos, que la ley me amparaba y así lo hice. Se quedaron solos al mando de la mayor, fue muy duro para ellos y para mí también porque pasaron muchas cosas, mucho sufrimiento, porque no me dieron nada de lo que yo había comprado, me quitaron todo.

Me comunico con ellos a diario porque no podría estar sin comunicarme con ellos y sin

ver qué estaban haciendo, yo tenía miedo de que al estar solos agarraran algún vicio y todas esas cosas, por eso les llamo todos los días. El año pasado volví a Bolivia después de ocho años sin ir; quise ir el año en que mi hija terminó el bachiller pero me quedé sin trabajo y ya no pude ir... Bueno, siempre he estado llamando a mis hijos para que se portaran bien, para que vayan al colegio y todas esas cosas, gracias a Dios mis hijos se han portado bien, son hasta ahora buenos estudiantes, están en la universidad los dos mayores, mi hija la pequeña termina bachiller este año y estamos bien, he conseguido comprar mis cositas de la casa, poco a poco, están muy bien.

Su padre ha ido una sola vez hace poco tiempo y les habla por teléfono alguna vez. En junio mi hija se puso un poco enferma, hablé con él y le dije que me ayudara con la niña para llevarla al médico. A la niña le agarró como depresión porque el año pasado fui a verlos y estuve mes y medio con ellos, entonces ella se acostumbró rápido y le pegó muy fuerte a ella, ella dice que no, que ya sabe que nosotros venimos aquí a trabajar, pero yo no encuentro otro motivo para que ella se pusiera así, no quería comer, le dolía el estómago y le hicimos hacerse análisis pero no salía nada... Pero bueno, ya eso se arregló también.

Yo he estado siempre en contacto con ellos, les cuento cómo me va aquí, ahora con el *what-sapp* estoy más en contacto con ellos. Ellos han tenido confianza conmigo y me han contado también sus cosas, no creo que todas, algunas se habrán guardado pero me han contado sus cosas porque yo siempre les digo “lo bueno y lo malo, todo lo quiero saber porque yo tengo que buscar o ayudar a buscar la solución”, y entonces ellos gracias a Dios hasta ahora confían en mí.

Ha sido un poco difícil porque mi hija ha hecho el papel mío allí, ha sido muy valiente, y los otros dos también porque han aportado, dentro de la dificultad de la situación no lo han hecho más di-



lo estaba haciendo bien, que estaba fallando, pero al mismo tiempo pensaba que si me regresaba no había logrado lo que lo que yo había planeado hacer, que estando acá les daría un futuro mejor a mis hijos que estando allá. Ellos me dijeron que decida lo que yo decida me iban a apoyar y ahí es que les dije que me quedaba aquí trabajando para seguir pagándoles los estudios, para que logremos tener una casa porque aquella casa que construí es como si no fuera mía porque todo está a nombre de mi suegro. Cuando fui el año pasado me dijeron que no podían pasar la casa a nombre de mis hijos ni mío porque faltaba un papel, pero creo que me lo dijeron para que yo no buscara otra solución.

El año pasado mi hija la menor dejó de hablarme por culpa de mi suegra, me dijo que yo no sabía cómo se sentía ella, que a veces se iba a llorar sola al parque, que nadie sabía que ella se iba a llorar sola y que ella me necesitaba allá. Me dijo “usted no sabe cómo yo he llorado y sin nadie quien me apoye”, eso me dolió, le dije que yo no quería hacerle daño pero que no podía ir porque sólo yo tenía que mantenerlos a los tres. Luego tuvimos una conversación muy larga con ella y ya otra vez entró en razón, entonces empezó a hablar otra vez conmigo.

No he trabajado cuidando niños, pero sí he cuidado a los niños de mis amigas, pero eso lo hacía porque me sentía bien, porque me gustan los niños y me acordaba de mis hijos. Yo sabía que la maternidad iba a ser difícil porque nunca me había separado de mis hijos, pero tampoco pensé que iba a ser tanto el tiempo que yo iba a estar separada de ellos. He tenido mucha tristeza, he llorado mucho, pero no ha cambiado mi maternidad. He sido igual madre antes que ahora, les he hablado claro a mis hijos, les he ido inculcando que sean independientes, desde muy niños les decía “el día que la mamá no esté, ustedes ya saben hacer las cosas y valerse por sí mismos”.

fácil, han sido conscientes y yo les hablaba y les decía de que tenían que hacer caso a la hermana o tenían que ayudarla porque ella no podía sola. También les decía que no salgan a andar por la noche, que es peligroso, y me decían “no mamá, estamos aquí afuera” o “han venido unos amigos a la casa”... Yo no los saqué del barrio, los saqué de la casa de la abuela pero no quise llevarlos fuera del barrio para que no se apartaran de las amistades y que siguieran yendo al mismo colegio. Algunas mamás de sus amigos han hablado conmigo y me han dicho “no se preocupe que sus hijos se están portando bien, que son buenos chicos, los vemos cómo están saliendo adelante”, me daban ese ánimo, me decían que era buenos chicos y que no los veían por la calle de noche. Ha sido difícil para los cuatro, pero dentro de todo estamos saliendo adelante.

Como madre me han hecho falta mis hijos, me han hecho mucha falta, a veces sentí que no

No creo que la maternidad y la paternidad sean distintas, yo pienso que cuando uno quiere no es distinto, porque tanto el padre como la madre pueden hacer lo mismo, pueden querer de la misma manera, educar de la misma manera y por eso creo que no es distinto, sólo que tenemos que querer hacerlo.

No creo que sea diferente ser padre o ser madre, no, no lo creo.

Pienso que volveré en unos cinco años, no quiero traerlos porque ellos están estudiando y están bien con los estudios y si los traigo aquí sería difícil que ellos pudieran sacar la carrera. Sí tengo intención de traerlos para que conozcan porque yo quiero que conozcan estos lugares donde la gente tiene otra mentalidad, y para que conozcan otras culturas. Y ya con el tiempo, teniendo su carrera, que ellos decidan si quieren venirse acá.

No puedo, lo intento, lo he intentado todo pero mi hijo no me quiere. Eso es lo que yo siento. Será que cuando lo traje ya se había hecho a estar con mi madre, su abuela, y quería pero no quería venir. Y luego aquí se encontró con su hermana y como su padre no se hace cargo de nada yo le pido a él que me ayude con la niña pero a veces me la deja sin ir a recogerla. Yo creo que está en muy mala edad y ya no sé cómo lograr que me obedezca.

Esperanza, peruana de 35 años. Migró hace 8 años con su pareja. Ahora se ha separado y vive con su hijo de 17 años y con su hija de 5 años.

Maiara

Es senegalesa y tiene 28 años. Lleva 4 años y 8 meses viviendo en el País Vasco con su prima y sus sobrinos. En Senegal viven su hija, su madre y su padre, dos hermanas, un hermano y varias tías.

Si estuviera trabajando quisiera traer a mi hija y además, traerla a un hospital porque está muy mal, tiene un asma muy muy grave. Antes de venir yo creía que aquí iba a poder hacer todo lo que quiero para que ella no necesite nada, pensé que al llegar iba a tener papeles y encontrar trabajo, pero no, es muy difícil. Cuando ella nació yo estaba con su padre pero teníamos muchos problemas. El día que nació casi me muero, no sé qué me pasaba que ella no quería salir... Después de que nació yo me separé de su padre, porque no le hacía caso ni nada, ni comprarle ropa, ni medicina, ni nada, la abandonó completamente.

Ahora tiene 7 años y está con mi madre, está estudiando. A veces me pregunta "mamá, ¿cuándo vas a venir?" y tengo que mentirle. Le digo que iré pronto pero, en realidad, no sé cuándo voy a poder ir. Una vez le dije "pronto voy a ir" y me contestó "no, me estás mintiendo, no vas a venir, solo me dices eso para calmarme". Le dije "no, no, no, pronto voy a ir" y cuando le vi estaba llorando. El día que me tuve que regresar también estaba llorando mucho en el aeropuerto, había mucha gente llorando sin conocerme, porque vieron llorar a la niña...

Me comunico con ella por teléfono, por *skype* o por los teléfonos de los locutorios, cada dos o tres semanas, depende. Es que en casa de mi madre no hay teléfono pero se va a casa de mi hermana que no está lejos y tiene internet y lleva a mi hija ahí y se conecta conmigo, por internet y por teléfono.

Cuando tenga trabajo lo primero que quiero hacer es traer a mi hija. Mis padres ya saben que no estoy trabajando y no me piden lo que no tengo. Lo poco que tengo se lo mando a mi hija, y cuando tenga trabajo voy a mandar más. En África, cuando una persona llega toda la familia va a ir a saludarle. Tienes que dar un poco de dinero a cada uno. Pero no puedo dar lo que no tengo, y cuando fui dije "mira, yo he venido aquí para ver a mi hija, a mi madre y a mi padre, nada más. No tengo nada para darles".

Extraño a mi hija y a mi familia, también a mis amigas, que crecimos juntas. Todo lo extraño mucho.

Las mujeres inmigrantes deben "estar aquí", pero "estar allá" a la vez, pues es la única forma de seguir brindando protección, cariño y cuidado estando a miles de kilómetros de distancia.

"Los cibercafé como lugares de prácticas transnacionales: El caso de la maternidad a distancia" <http://polis.revues.org/9362>

Lucía

Colombiana de 51 años, lleva 13 años viviendo en el País Vasco, con una hija de 19 años y un hijo de 10 años viviendo con ella y el resto de la familia en Colombia.

Hoy día me arrepiento de haber venido porque el ser humano puede ser igual de feliz con un euro que con mil... ¡Cómo no iba a tener momentos de llorar! Cuando no tenía a mi niña, cuando me sentía así por aquí, cuando estaba sola, ¿a quién le hablaba, a las flores? Eso para mí era muy triste.

Mi familia en Colombia la componían mi madre y mi hija, ellas dependían de mí y estando yo aquí su situación no era precaria. Cuando estaba allí tampoco, porque tenían las necesidades básicas cubiertas, pero no había para mucho más, así que cuando tuve esta oportunidad de venirme me vine con trabajo, porque yo ya me vine con ese trabajo, venía a lo seguro. Después me traje primero a la niña y luego a mi madre, pero mi madre ahora está en Colombia, se ha regresado por un tiempo y ahora estoy sola con los niños.

Cuando yo llegué aquí cobraba 855 euros, era una buena cantidad, y yo mandaba todo ese dinero, me quedaba con 50 euros que no me los gastaba todos, siempre quedaba dinero y mi familia está muy bien. Imagínate lo que hemos llegado a hacer al estar aquí como inmigrantes, cumplir con las necesidades de los que están allí, que ellos vivan como reyes y a nosotros nos toque lo peor, eso hizo que día a día yo fuera afeerrándome a esto para que mi madre, mi hija y mi familia entera tengan mejor vida, no me importa lo que estoy pasando aquí, esto ya pasará.

Al ser una madre soltera, madre y padre a la vez es difícil, es más difícil la crianza porque hay que luchar más, pero yo estoy contenta porque estoy educando a mis hijos yo sola, con mi moral y mis valores. Me cuesta, otras veces tengo dudas como todos los padres en el día a día, como será, que va a ser de mayor, estudiará, se casará... es difícil, como madre sola es muy difícil.

Para mi hija la reagrupación fue un espectáculo novedoso, siempre estuvo muy pendiente y muy feliz porque venía a reunirse otra vez con su madre, yo fui dos veces a verle allí pero regresar-

me sin ella fue muy doloroso para mi hija aunque no estábamos tan apegadas, esa parte era positiva pero ahora, con la edad que tiene, recuerda muchas cosas con tristeza y eso, quieras que no, trae secuelas, pasa factura, tú te puedes imaginar dejar a mi hija y no tener en el recuerdo, ni ella ni yo, que yo le haya enseñado las tablas de multiplicar, que yo le haya enseñado o colaborado en un deber, que le haya tocado estar con mi madre, porque una cosa es su abuela de 60 años y otra su madre de 30, son totalmente diferentes sus mentalidades, y ha dejado muchas carencias en ella y hemos perdido mucho tiempo en eso, esa es la parte más triste y negativa...

Para ella y para mí ha sido difícil de superar, cuando llegó aquí hubo un choque grandísimo. Además, yo estaba separándome con mi niño de un año, sola, luchando con la vida y tuvimos muchos choques, fue muy difícil para las dos, ella para volverse a encontrar y yo para volverla a tener. Encima se me acrecentó todo porque mi hija tiene dificultades intelectuales y hay que ayudarle demasiado, ella va a hacer 20 años y no tiene la ESO porque tiene mucha discapacidad, así que fue durísimo, durísimo, durísimo... Si volviera a retroceder en mi vida no me vendría, no lo haría por dinero, no perdería ese arraigo porque para mí la familia es muy importante.

Aquí mi hija está viviendo su vida, es una chica que vive su vida, anda a su bola y eso también me preocupa. Al comienzo le tocó durísimo porque, además de la adaptación y el racismo, llegó con 12 años tuvo que ir directamente a un instituto, y la diferencia entre el ambiente de allá y el de acá es como del cielo a la tierra, aquí intentaron hacerle el bullying ese, romperle sus libros, destrozarle su mochila, decirle de todo, reírse de ella, horroroso... y la niña lo pasó muy mal, muy mal, muy mal hasta hace muy poco porque ella es muy suave, muy tierna, es buena, a nadie hace daño y eso es muy bonito en mi hija...

Entonces me puse muy firme y moví todas las fichas en el instituto, fui y di un campanazo



de alerta: "O hacen algo por ella o me la llevo de aquí". Lo más triste de esto era que en esa cuadrilla había dos inmigrantes colombianas, que eran las que más daño le estaban haciendo, no sé si al llegar mi hija y ser como es, tan suave, tan frágil y tan educada, les quitó ese espacio y ellas se volvieron contra ella... Me tocó enfrentarme a cosas fuertes, me tocó sacar mi carácter indígena y enfrentarme con algunas madres, a muchas ni les volví a dirigir la palabra ni un saludo, les cogí cierta cosa, no sé porque, no sé. Yo le dije a mi hija que cualquier cosa que ocurriera tenía que informarme porque si no esto iba a mayores y ahí sí me cargo a todo el mundo, lo siento pero mi hija ni se me va a suicidar, ni se me va morir, ni le va dar lo que le está dando, no, no, no, no, para eso saco un billete y nos regresamos a donde somos.

Ella lo ha pasado mal, muy mal, muy mal, pero es una chica buena. ¡Es que es buena! y eso lo admiro en ella muchísimo, al de un tiempo ya estaba perdonando a sus amigas y queriéndolas otra vez, aunque no a las de esos sucesos, ya un día se dio cuenta de que no le aportaban nada y que seguían siendo las mismas, vino y me dijo "no cambian" y bueno, pues fuera, ya está. Ahora tiene una buena cuadrilla, multicultural, venezolanos, bolivianos, vascos, colombianos, es una cuadrilla maja, sí.

Mi hijo no tiene esos problemas porque es como más de aquí, su color es más aceptado por-

que no es negro, es un poco más morenito que yo, pero un día vino y me dijo, "ama ¿por qué yo soy negro? Es que me dicen que yo soy negro" Imagínate, lo que son las malas palabras, y yo dije "no hijo, tu eres un poco más oscurito que nosotras pero qué más da, si tú fueras negro como un negro de África, ¿qué más da?, eres una persona como todas y al que te diga eso tú le dices que todos somos iguales, el que es rubio, el que es negro, como si es japonés, chino o lo que sea, todos somos iguales".

Él siempre ha querido ser colombiano, me dice: "yo hubiera querido nacer en Colombia, ¿por qué es que yo nací aquí? Yo quiero ser colombiano". Y yo le digo: "pero eres colombiano también, naciste aquí y por las leyes de aquí teníamos que registrarte como español pero con aita fuimos y te registramos también como colombiano, tienes dos nacionalidades, tu eres nacido aquí de padres colombianos también con nacionalidad colombiana". Es un buen chico, sociable, lleva su vida y le gusta mucho el fútbol. Eso ha hecho que su entorno social y en el colegio sea amplio, porque el fútbol le encanta; está muy bien, es un chaval arrollador, totalmente diferente a mí, él ha estado todo el tiempo conmigo pero mi hija no.

Mi hijo fue a Colombia siendo muy bebé, él no se acuerda pero le fue muy mal por el calor, fueron 45 días malos para el pobre bebé, vamos

a ver cómo le va cuando vuelva otra vez aunque él dice que no va a ir nunca, dice "¿Ir yo a Colombia?, no voy a ir nunca". Es que los mosquitos le pican demasiado porque es alérgico, los mosquitos le pueden hacer una buena avería pero cuando se le dice que se puede vacunar aquí y tomar pastillas y comprarnos una mosquitera, ahí sí se anima a ir a ver a la familia y dice "vale, vale".

Mis sueños principales son que mis hijos sean felices, eso es lo primero que quiero y lo segundo que mis hijos sigan forjándose su futuro y que yo pueda apoyarles, hasta que pueda, para que ellos sean así, no importa cuánto nos toque luchar, pero la felicidad y el bienestar de ellos es lo primero.

A pesar de la distancia que las separa de sus hijos e hijas, no han renunciado a su rol como madres ni a la autoridad dentro del grupo familiar. Estas mujeres identifican las TIC como herramientas que posibilitan las expresiones de cariño y de cuidado, de acompañamiento, de toma de decisiones y la gestión de la economía doméstica tan ligada a sus proyectos migratorios.

"Las TIC en medio de las relaciones: manejo de la distancia y la proximidad en las familias transnacionales" <http://digithum.uoc.edu/ojs/index.php/digithum/article/view/n13-dela Fuente-esp>.

Nora

Filipina de 40 años. Aunque lleva más de 6 años viviendo en el País Vasco, no ha aprendido a expresarse en castellano aunque lo entiende muy bien. Su marido y su tía viven aquí y tiene en Manila una hija de 19 y un hijo de 18 años.

Vengo aquí para...por el dinero, porque en Filipinas no hay nada para trabajar, estamos pobres allí, mejor de ir a otra parte para tener dinero para mis familias allí, que están allí, eso...

Mis padre está allí y mi hermana que está cuidando de mis hijos. Yo mando dinero y también tengo que pagar la matriculas, porque allí no tenemos nada. Si no hay nada para hacer, ¿qué voy a hacer ahí...? Mejor vengo aquí para mis hijos. Para hacer *money* para tu futuro.

Mi niña y mi niño están mayores ya, no quieren venir aquí porque no van a buscar trabajo solo de casa, porque los extranjeros no pueden trabajar en la oficina, así que, cuando terminen el cole si quieren van a ir a otra parte, no aquí porque sólo trabajan en casas, no pueden trabajar en la oficina.

Cada semana estamos hablando por internet, por *Skype*, para saludar ellos y... sí, hablamos con internet, como mamá quedo con ellos pero

poco esperan. Yo tiene problemas, pero no voy a contarles, ellos si así me dicen para problemas de cole pero no estoy para ayudarlos, está allí mi mamá y mi hermana. No tengo... no puedo hacer nada porque estoy muy lejos ¿no? pero, si hay problema mi mamá y mi hermana van a avisar, tenemos que todos solucionar que es lo que hay.

Cuando hay problemas van a llamar o poner mensaje internet, porque... cuando mandan mensajes voy a hablar con ellos porque... no puedes dejar llamar ellos a mí porque es muy caro, pendiente por eso, soy la primera que voy para llamar, ellos tienen internet.

A pesar de todo estamos bien, más unidos, a pesar de todo... de la distancia, están más unidos. Si me dicen "cuando vienes a casa mamá, cuando vienes a Filipinas"; no sé, porque todavía no tengo para pagar el billete... somos dos, claro, a ver, tenemos que aguantar un poco, cuando terminas su cole... vamos ir, hasta entonces yo hablo con ellos y cuidan mi mamá y mi hermana.

Yo me sentía como realizada. Como que yo podía con mi hijo, para mí eso era lo máximo. Yo siempre quise ser mamá soltera. Siempre. Yo me sentía bien porque yo trabajaba para mi hijo, o sea, no dependía de nadie y me sentía... buuuuaa!!!

Leticia, paraguaya de 36 años. Migró hace 8 años con su hijo de 6. Ahora vive también con su marido.

Isabel

Nicaragüense de 36 años, lleva 8 viviendo en el País Vasco, tiene una hija de 14 años y un hijo de 11. Cuando nos cuenta su historia, está a punto de ir a buscarles para que se queden con ella definitivamente.

Decidí salir de Nicaragua dejando a mis hijos allí, fue muy fuerte porque te das cuenta que como madre juegas un papel importante para ellos y eres imprescindible, que nadie te puede sustituir, nadie les puede dar el amor que una madre da a sus hijos, y sabes que cuando necesitan un consejo, su madre es la que tiene que estar ahí pendiente... Sabiendo todo eso, se te parte el corazón.

Me pillas en el centro de darle un giro a mi vida. Cuando yo vine aquí mi objetivo era ganar dinero, pero hoy en día me he dado cuenta de que el dinero no es todo, hay cosas más importantes que el dinero que se deben de poner en primera línea. Mi objetivo ahora es garantizarles un futuro mejor a mis hijos. El lunes me voy a traerles para que estén aquí conmigo, en un país distinto, con una cultura diferente, con otro tipo de vida de más calidad; lo que quiero más que todo es tenerlos aquí, eso es lo que más quiero. Les traeré de vacaciones, al principio con retorno porque quiero hacerles ver cómo es la vida aquí, que conozcan y disfruten, pero también que vean el sacrificio que estoy haciendo por ellos, la vida que llevo aquí, que es muy dura. Tenerlos acá es un sufrimiento menos para mí, el resto de sufrimientos quedan atrás y se convertirán en alegría por tenerlos conmigo, lo que más quiero es verles felices.

En mi país siempre mantenía a una persona que me los cuidaba porque salía temprano de mi casa y volvía tarde, tenía el cargo de directora de un colegio y no tenía horario fijo para llegar a casa. Les dejé justo con la persona que me los estaba cuidando en aquel momento, que era una chica extraña a ellos, y también con su padre, que siempre ha estado pendiente de ellos. Yo siempre pagué a una persona para que estuviera pendiente y cuando me vine las cosas quedaron así pero luego han cambiado, han estado con mi familia, con la familia paterna y han tenido muchos cambios, han sufrido demasiado, ellos y yo.

Ser madre a la distancia es lo más triste, lo más duro porque no estás viendo lo que les pasa, si están bien o si no les falta nada, esa parte es muy difícil. Desde el primer momento me he comunicado vía teléfono, me gastaba un dineral en llamadas, llamándoles constantemente. Cuando vine aquí tuve la mala suerte de que mi hijo pequeño, que tenía 3 años y medio, al tercer día de estar yo aquí me llamó para decirme que estaba solo porque la chica que les cuidaba se había ido al colegio a llevar a la mayor y no podía llevarle a él porque llovía. ¡Al tercer día de haber venido yo acá! Se me partió el alma. Se lo comenté a la señora de la casa donde trabajaba y sus hijos me dijeron "bueno, Isabel, lo único que podemos hacer es ponerte internet en casa y así te comunicas con ellos y les ves por *Skype*" y afortunadamente lo hicieron y ya después los fines de semana los miraba por *Skype*.

Mis hijos me cuentan sus cosas pero hay un límite de confianza, sos la madre pero te ven como una extraña, no porque no sientan el amor que le tienen a una madre sino porque una no está ahí con ellos en el día a día. Tampoco he perdido el control de ellos, hasta el día de hoy siento que tengo control como madre, no se me han ido de las manos, gracias a Dios. Cuando me marché el pequeño no lo entendía pero la mayor sí aunque no me dijo nada, siempre mostró la cara de tristeza pero nunca resaltó nada, pero sí que sentía la ausencia, claro. Ellos saben que yo estoy aquí, que estoy trabajando porque yo sé que la responsabilidad económica con ellos me ha tocado a mí casi en un cien por ciento. Su padre está allí pero él les da lo afectivo, que no digo nada, respeto... pero el papel de madre es lo más difícil que puede existir en la vida.

Después de tantos años de estar aquí ya sin ellos, te vas a la cama con el dolor de que ya ellos han crecido, que te has perdido la mayor parte de ellos y ya no hay vuelta atrás. A veces me siento como una madre irresponsable por



haberlos dejado allí, pero creo que el objetivo del sacrificio que he hecho lo estoy consiguiendo o lo voy a conseguir o está conseguido, no sé, pero los quiero traer porque lo más importante para mí es que valoren el sacrificio que he hecho por ellos, que no he estado a su lado no porque quiera estar pasándomela bien fuera de casa o de mi país, sino que ha sido por estar luchando por un futuro mejor para ellos.

He cuidado tres niños y me daba mucha tristeza, se me reflejaba la imagen de mis hijos pero les he cuidado muy bien porque, así como yo necesito que alguien me cuide bien a mis hijos allá, las personas aquí necesitan también que sus hijos estén bien cuidados y me volqué en ello. Los cuidé y los quiero y los quise siempre como si fuesen míos, me daban mucha alegría pero también me recordaban a mis hijos que los tenía lejos.

Mi familia me respeta; mi madre está viva y nunca me ha dicho “te tienes que venir”, sólo me dice “tus hijos te necesitan ¿cuando vuelves?”. Mis hermanas igual, me dicen que allí estaba bien con el trabajo que tenía, pero cuando vienes aquí ves las cosas distinto, ya tienes otras cosas delante que cuando estabas allí antes no las tenías y ahora te importan. Algunas de mis amistades me machacaban mucho, lo hacían en buen sentido porque miraban a mis hijos y de vez en cuando me decían “he visto a

tu hijo, te necesita, ¿cuándo vienes? No puedes estar tanto tiempo fuera sin ellos”, o sea siempre me han hecho ver lo importante que soy, como madre, para ellos. Si doy marcha atrás yo no los volvería a dejar, creo que no lo haría porque la madre es imprescindible, tus hijos te necesitan, siendo pequeños más todavía.

La maternidad y la paternidad deberían de estar a la par en todos los sentidos, económico, afectivo... El padre debe asumir las responsabilidades igual que la madre porque el hijo es responsabilidad de dos, no solo de una, pero cada uno hace lo que quiere hacer, no sé si lo que puede, pero sí lo que quiere hacer. En mi caso, su tarea se queda corta como padre, hay muchas responsabilidades no asumidas por él.

Me organicé con la persona que me los cuida, yo le pago a una chica allí y esta chica me los cuida, ella asume la responsabilidad como madre porque es la que está pendiente, la que me da informaciones, “se necesita esto”, “han pedido esto en el cole”, “tiene que comprar esto o lo otro”, también el informe de las calificaciones, su colegio, las notas y todo eso.

Ahora que voy a ir a por ellos la palabra feliz se me queda corta, ellos también quieren venir. Lo que más me sorprende es cómo he podido conseguir tantas cosas y tanta gente que me ha apoyado, estoy agradecida a tantas personas

que me han dado la mano en un momento tan difícil para mí de querer hacer algo, tantas dudas de si lo puedo hacer o no lo puedo hacer, y gracias a Dios y a esas personas que me han dado la mano, lo he conseguido. He tramitado mis papeles, tengo la tarjeta de residencia y ahora he metido solicitud para la nacionalidad y he metido también el trámite para mis hijos, para que ellos obtengan la nacionalidad.

Ya estando aquí te haces a la idea de que con el dinero compensas algo la ausencia pero es

erróneo, aunque es lo único que nos queda y es lo único que podemos hacer, mandar un dinero para comprar sus cosas necesarias y que tengan otra calidad de vida un poco mejor, con mejores condiciones. Lo más importante ahora es traerles y ver cómo ellos se adaptan porque va a ser un cambio muy fuerte para ellos como lo ha sido para mí y bueno, sobre la marcha veremos... Hay muchos que no se adaptan, hay niños que han venido acá y han tenido que volver a su país porque no se han podido adaptar al estilo de vida de acá, porque es muy diferente.

Me costó mucho trabajo aceptar que mi hija no quería estudiar una carrera. Con la expectativa que yo tenía de que ella pudiera aprovechar la oportunidad que tenía acá, que para eso nos vinimos, para que ellas tuvieran una vida mejor y ella dice que no, que quiere hacer peluquería. Me costó aceptarlo, tuvimos grandes discusiones, me dijo que se iba con la abuela a San Salvador... Luego, llegué a la conclusión de que lo más importante es que fuera feliz, haciendo lo que ella quería y que tal vez era mi sueño ir a la universidad porque yo no tuve esa oportunidad, pero no era el de ella.

Dinorah, ecuatoriana de 32 años. Migró hace 10 años con toda su familia, entre otros miembros, una hija que hoy tiene 16 años.



Realizan:



Agradecemos el apoyo de:

